

LAZARO SEIGEL

El Pensamiento de Alonso Quijano

*Si che s'io vissi in guerra et in tempesta,
Mora in pace et in porto; e se la stanza
Fu vana, almen sia la partita onesta.*

PETRARCA, *Il Canzoniere*, CCCLXV

TODO REGRESO es un retorno a sí mismo, aun camino de la muerte. Quijote vuelve al recato y soledad de su hacienda. Vuelve extenuado, fatigado de hazañas; desgastadas sus fuerzas, desgarrados sus sueños. Dicen de su desaliento el huesudo, escuálido cuerpo; la faz, adelgazada, lívida, angulosa; la expresión doliente deslizándose por la comisura de sus labios. En la vaguedad de su mirada, honda, lejana, sombría, salta la evidencia de toda la desesperanza que le amortaja. La certeza de su fracaso. ¡Cómo de apretujada lleva el alma, más de frustraciones que de triunfos!

Torna Quijote a bien morir. Regresa, despabilado el seso, escaldado de sus desilusiones, a Alonso Quijano, el *más delicado entendimiento que había en la Mancha*, el hombre de *razones muy bien concertadas*, el caballero sin tacha, cuyos hábitos renombraron de bueno. (Tarde ya para que en su enteco meollo pesen los consejos de la Sobrina y los pareceres de Sancho. ¿Por qué no habrá balanceado cuerdamente aquella sabia advertencia de estarse quietecico en su casa en vez de ir por lana y volver trasquilado? ¿Por qué no aguzara entonces las orejas para dar oído al ¡*Vuelva en sí y déjese de cuentos!* de su cebolludo escudero? ¡Quién nunca creyó en buena madre debía ahora creer en mala madrastra!).

Reprimidos están sus bríos, enristrados ayer para hazañosas empre-

sas; embauladas en estrechas realidades, para no sobresaltarle más, sus quimeras; sosegado su errabundo ímpetu. Atrás queda su pasado, empalidecido; ahogadas las resonancias de sus intentos. Tiene por tiempo mal gastado la noble siembra de sus actos. Cata bien el por qué todo humanitarismo cosecha risas mordaces y sañudas mofas: el orden natural prefiere la fealdad, triste, amarga de lo real, a la belleza del ideal, clara, adamantina, risueña. Juzga cumplidamente los discursos de Sancho, sazonados de buenas razones. ¿A qué —pensará— seguir ofreciendo margaritas a los puercos? ¿Qué valor para ellos, rumiadores de bellotas, la del idealismo, incorregible locura capaz de transformar la tiniebla terrena en celeste luminosidad?

¡Cuánto le duele el alma acardenalada por desencantos, que no el cuerpo por apabullos! ¿Cómo no habría de desjarretarse su voluntad intentando, vanamente, corregir a los industriados en cosas desaparejadas de la estimación y cortesía? ¿Qué predicamento podría frutecer en la vulgaridad de ánimo? ¿Qué doctrina acertar a la enseñanza de humildad en el envanecido, de amor en el desamorado, de mansedumbre en el colérico, de grandeza de propósitos en el harapiento de espíritu? No tiene vuelta de hoja la respuesta, dolorosa, sí, pero sólida, irrefutable: la humanidad marcha sobre carriles de hábitos, convenciones, prejuicios de antigua data. Todo ensayo de mudanza permite a los pazguatos arrojar piedras sobre el tejado de quien lo intente. ¿A qué, entonces, *predicar en desierto*, ensayar a que la canalla *por ruegos haga virtud alguna*?

(El hombre, sábelo Quijano, es, en cuanto tal, fruto de su sola fantasía, una continuación del sueño. (¡Bien haya el hechicero de esta brujería!) ¿Qué, si no vivir, es el soñar? ¿Qué, a no ser morir, la orfandad de sueños? Toda ilusión es promesa de realidad, *manjar que quita la hambre, agua que abuyenta la sed, fuego que calienta el frío, frío que templó el ardor... moneda general con que todas las cosas se compran...* Y él necesita de sueños que le guíen y gobiernen, que insuflén vida a su vida. De ahí que —pensará, también— adoptaría la misma postura de convertirse nuevamente en Quijote. Se afirmaría otra vez en defensa de su ideal, luchando con idéntico desnudo para mantenerlo enhiesto. Multiplicaría sus esfuerzos para sostener puro, sin nubosidades, el mundo de sus ensueños. Infundiría renovado valor a su brazo, daría mejor filo a su espada para ejecutar, sin descansos, su anhelo de justicia en la tierra. De nuevo le ensartarán las astas de los molinos, le apaleará el mozo de mulas, le apedrearán los pastores, golpearán los cabreros, maltratarán los yagüenses, encarnecerán barberos y bachilleres... Pero de nuevo, también, hará flamear sus añejos pendones de caballero: su valentía, comedimiento, generosidad, paciencia. A despecho siempre de las aliagas del camino que rasgan en túrdigas sangrantes los sueños. ¡Qué importan las contrariedades cuando una sed de infinito nos empuja!)

EL PENSAMIENTO DE ALONSO QUIJANO

Despojada es también de sus pompas principescas la sin par *Dulcinea*. Esfúmase la sublimación idealista. Tanto dechado de belleza se traslumbra. Desvanécese la valía de su hermosura. No más la discretísima dama que el amor caballeresco *engendró... y pintó con todas aquellas perfecciones que quiso*. Abandona el magín de su hervoroso enamorado, quien, arriscado en toda suerte de trabajos, resultó, sin embargo, tímido, medroso, para requerirla de amores. Aléjase de la empírea morada de su encantamiento. Allí la llevara su paladín manchego, de cuyo amor nunca vino ella en conocimiento.

Aldonza Lorenzo desnuda está de lencerías de holanda, de basquiñas con ruedo, de jubones emballenados, de valonas de Carignan, de manguitos de marta. Nada de berilos y turmalinas, de cadenillas de oro y arracadas de argentería. Sepulto queda todo en el arcón de los trastos inútiles. La campesina moza reintegrada es a la humildad de su cotidiana labor. Muéstrase en la tosquedad de su encapillado de bayeta y el estrépito de sus almadreñas. Hombruna, rolliza, cárdenos los carrillos, sudorosa toda, hinca de nuevo sus afanes en la monótona sequedad del Toboso. Huele a encerradero de porcolones, que no a lirio del campo, sí, pero ¡a cuánto de aseo trasciende su faenar! Nada descuida. Abre el haza en la porfiada tierra, ceba las aves en el corral, orea el trigo en el granero, soba la masa, abatoja las alubias, adereza las conservas, sazona los embuchados, abastece la despensa, surce la ropa vieja, desgastada; encubre los puntos de la calzeta. Y en llegando el domingo, no se aquieta en la holganza; santifica la fiesta. Vestida de limpio, olorizando —ya no a cansada o a queso de pimentón— acude grave-dosa a la iglesuela de la aldea. (Que Dios quiérela ocupada en oraciones y alabamientos.)

(Mas nuevamente incurriría Quijano en los mismos errores de imaginación, de ser posible despertar a nueva vida. “Mi fe —parece musitar, y le oyen quienes saben auscultar los recovecos del alma—, mi fe necesitará de ti, Aldonza Lorenzo. Y mi confianza volverá a ornarte con el inefable atuendo con que otrora te idealizara. ¿Quién si no daría vida a mis sueños, valor a mi brazo, brillo a mis armas? ¿Quién, a no ser tú, perfección de mi fantasía, podría animar mis andanzas de visionario? Poco se me importan tu forzuda robustez, tu voz tronitosa, las *cerdas de cola de buey bermejo* de tu pelo. Veré en ti no a la rústica labriega cubierta de grosero sayal; sí, a la princesa tobosana de palidez ambarina, de doradas guedejas; de blando, celeste aliento. Lucirás riquísimas telas orilladas de áureas bordaduras, ensartarás con gracia soberana aljófares, que no granos de mijo. Y montarás donosa en fina cabalgadura, no en menguado pollino. Para muchos serás la sola hija de Corchuelo; para mí la peregrina y musical *Dulcinea*, de mí nacida. Poetas vendrán, delicados poetas, que sepan cantarte en tu realidad carnal, *garrida y bien plantada, lozana labradora fincada en sus terrones*, ahechando en la blanca casona el rubio trigo, alineando los vasares, alcanforando los lienzos¹. (¿Qué no te des cata de mi derretimiento? Bien sé que las *doncellas ocupadas*,

más ponen su pensamiento en acabar sus tareas, que en pensar en sus amores.) Para mí serás el eterno, dulce dueño; la hermosa incitadora a todo riesgo, el poético ideal capaz de darme alas para grandes hazañas, impulso para valerosos hechos. Sabré de nuevo elevarte a las estrellas para que por siempre jamás alumbres mi senda de virtuoso enamorado. Necesitaré de por vida de ti —todo héroe requiere de un incentivo. Solo tú espolearías mi ánimo, darás cima a mis aventuras, harás que mi nombre sobrepueje en fama a los de tantos andantes caballeros. ¿Qué podrán, otra vez, frente a mis impulsos nobles los *Galaores* y *Florestanes*? Para ti serán mis alabanzas de amador endevotado; a ti invocaré en el peligro y al disponerme a entrar a la batalla. Concebida por mí, de mi sola imaginación, sólo en mí vives, pastora o princesa, delicada como una *Elisena*, bellísima como una *Oriana*, mas como ninguna estimada por su gracia y discreción. Única señora de mis pensamientos, en ti ocupo mi memoria y por ti desvelo mis sentidos. Tú, sólo tú, alientas mis esperanzas, sustentas mi ideación, fortificas mis obras.)

Ve ahora cómo son los castillos de su fantasía. Agobiados de tanta embestida, descansan derruídos sobre la estéril aspereza del castellano suelo. ¿Qué fueron de sus torreones alertas, de sus inquietantes aspilleras, de sus almagrados peldañares? Sopórtalos apenas el arbotante de la evocación. *Arcas del milagro medieval* —España evadida de la realidad— alzados estaban sobre el delirio del sueño. *Piedras iluminadas de la raza*, fábricas prodigiosas del hispano orgullo, contaban sólo con la solidez de su soberbia. Carentes eran de consistencia vital. No es de asombrarse entonces que, defendida no más por murallas de ensueños, se abatiese tanta endeble argamasa al primer remusgo belísono de la vida.

Ventas eran, ventas siguen siendo aquellos palacios, que no alcázares espléndidos, altivos por fuera, coruscantes por dentro. (Y venteros y mesoneras, atrapadores de ocasiones por el copete —que no castellanos, ni siquiera alcaides de castillos, ni menos honestas amas— los señores de tales *fortalezas*). *Purgatorios de bolsas* donde aposentan, arrimados a bellacos y capigorriones, la codicia, el ocio, la sensualidad, el engaño, la parlería, el mal ejemplo; nunca la virtud y el recato. *Salamancas de pícaros*; allí la truhanada chúpales los dineros al incauto, hecha pullas al huésped la golfería, hace burlas al caminante la ruindad, riñe pendencias al linaje la vileza. No mansiones guardadas de pudorosas doncellas y bellidas damas; sí, nidos de oropéndolas, bulliciosos de mozas del partido y de buen fregado, hechas a macha martillos, cumplidas de carne y cochambre, hedientes a puerro y cebollón.

(Toda mística necesita de su símbolo —se nos antoja, dirá. El de la andante caballería lo es el castillo. No se me importa un bleo —agregará— que maltrechos los dejen siglos de fatigas y sobresaltos, los recubran yerbajos y rastrojeras de olvido.

EL PENSAMIENTO DE ALONSO QUIJANO

Mi fantasía precisa de ellos. Y los erigiré sobre recias escarpas o rientes planicies; hispídos por fuera, fáusticos por dentro, como cuadra a rancia castellanía. No fieros como el de Escalona, ni hostiles como el de Peñafiel; tampoco amenazantes como el de Sepúlveda, ni trágicos como el de la Mota. Acogedores, sí, como el de Garínter, alegres como el de Miraflores, risueños como el de Lago Ferviente. Mi fe coronará sus fachadas con escudos blasonados de mis armas y tu hermosura, mi discreta Dulcinea. Palacios donde anidarás, almenada contra conjuros de nigromantes y urdimbres de hechizadores. Mi corazón hará de poterna, de ballesteros mis sueños: guardianes a impedir que bastardías e incomprensiones me birlen tus encantos. En sus olorosas estancias —jaulas, que no cárceles de amor— sabrán tus ojos, dulces y parleros, de las razones que te escriba y los recaudos que te envíe; entretendrás el ocio hilando la rueca a dueñas y criadas. Desde sus torres vigilantes podrá tu amor atalayar el regreso de tu animoso, valentísimo campeón, rebultado de gloria y abrasador enamoramiento.)

Vuelve Quijote a su aldea, si bien *vencido de los brazos ajenos, vencedor de sí mismo*, para emprender presto —jinete en celeste *Rocinante*— la más sensata de sus empresas. (¡Y contra qué pertinaz enemigo!) Sin yelmo, sin lanza, sin adarga; a pecho descubierto. Como cabe a soldado de cristianos designios. Lid la más gloriosa de cuantas librase el azacanosos hidalgo.

¿Qué son de sus fueros de caballero? ¿Qué de su energía, confianza, promesas de futuro —broqueles de su fe? Sumidos quedan —junto a sus armas, herrumbrosas de mustiedad e impotencia— bajo el peso de una certitud lacerante, irrefragable: una estructura imperfecta cuya perfectibilidad ansía, desesperado, el ideal protector de desvalidos, reparador de injusticias. Pero débiles, no obstante, sus bríos frente al enanchamiento de la arbitrariedad y el atropello.

Ha dejado de soñar. Falto de sueños su talego ¿qué puede, a no ser vegetar, morir en vida? Retorna, pues, a bien morir. No importa que *la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más*. Hácelo para salvar a España de su muerte, para trasvasarse en permanencia histórica a su pueblo. Muere para dar vida a un cuerpo adinámico, anestesiado por su generoso desborde de humanidad. Que es ésta —por quijotesca, magnánima— la más encumbrada de su obras: restituir el huelgo a un ser falto de pulso anímico; su gloria no igualada, por cima de la que *dejaron y dejaren cuantos emperadores gentiles y caballeros andantes ha habido en el mundo*. ¿Quién emparejará la fama del que *resucita muertos, da vista a los ciegos, endereza a los cojos*? Poco impórtanle ya la acrecencia de su grandeza, el esplendor de sus sueños. Su ardimiento seguirá, dispuesto siempre a toda suerte de aventuras, *desfaciendo* entuertos por los caminos luminosos de la eternidad. Quizá con mejor fortuna.

Y no ya como en vida, con más fervor para acometerlos que ingenio para enmendarlos.

Una sonrisa, apenas perceptible, adivínase bajo sus grandes, cenizos mostachos —que grises los han tornado años y descalabros. La esboza la seguridad de que con su muerte concluye la ficción, el engaño en que vivió España —y con España, él— por fantasiosas visiones.

Habíase colocado fuera de la órbita de su mundo, lejos de la realidad en la que, no obstante, se movía. Y nada, a no ser desencantos, encontró en ese territorio de su febril meollo. Nada que compensara tanto desborde de heroísmo y poesía. A fuerza de andar entre abstracciones, extravió la exacta perspectiva de la realidad; su ideación había delineado una geografía extraña a todo concepto terreno. Ahora, un tardío entendimiento le hacía ver las cosas tal cuales eran; le daba la adecuada ubicación.

La caballería no debió resucitar jamás. *Amadises, Palmerines, Primaleones* y *toda la infinita caterva de su linaje* bien estaban a tantos palmos bajo tierra, amortajados en la cobertura de su utopía. ¿Qué necesidad de desenterrarles? ¿Podían servir, acaso, su cándida heroicidad, su desorbitado arrojo, para robustecer tanta desperdigada, espléndida energía? ¿A qué empeñarse en sostener una vida que hacía más incierta, achacosa, desventurada, la existencia de España?

Necesario era el concierto de voluntades dispuestas a la gloria por la faena del brazo, la gozosa agitación del músculo; hacer lugar al trabajo, sano y fecundo, dejar sitio a mejores posibilidades, a nuevas realizaciones; dar paso a los Sanchos —*quijotes* de la tierra. Comenzar la realidad fructuosa.

¹ MACHADO, Antonio, *Campos de Castilla*, (La mujer manchega).